

les o del mar con una voz cuya intensidad y delicadeza no tiene rival en la poesía contemporánea, haciendo descansar el poema tan sólo en esa capacidad de revelación, de hacernos sentir junto con él, sin necesidad de ningún otro apoyo, renunciando al tema, a cualquier idea que le permita construir el poema. En esta dirección, demuestra que su lenguaje es de una pureza ilimitada; cada uno de sus giros, de sus rumores secretos, de sus acentos ocultos nos conduce a la realidad y nos obliga a percibirla como si nosotros mismos estuviéramos descubriéndola, sintiéndola junto con el poeta, paralelamente a él. Pero si Cernuda puede hacer esto es porque su sentimiento es de una pureza absoluta y es él el que lo hace tan gran poeta y convierte a *Ocnos* en una de las pocas, auténticas obras de expresión poética en prosa.

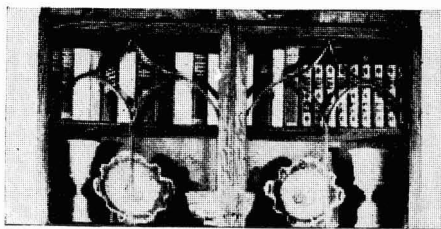
CALIFICACIÓN: Excelente.

—J. G. P.

REFERENCIA: Elena Garro, *Los recuerdos del porvenir*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1963, 295 pp.

NOTICIA: Informa la solapa: "Elena Garro nació en Puebla, en 1920. Ha publicado *Un hogar sólido* (Colección Ficción, 1958), serie de piezas en un acto renovadoras de nuestra literatura dramática. La mayor parte de su obra —novela, cuento, teatro— permanece inédita o dispersa en revistas de México, Estados Unidos, Alemania y Francia."

EXAMEN: La duda que nos asalta al principio de la lectura de esta primera novela de Elena Garro es la siguiente: ¿podrá la autora mantener a través de todo el libro el estilo descriptivo escogido, la forma de narración por medio de imágenes que transitan de lo poético a lo fantástico y lo absurdo, formas que, por otra parte, constituyen una característica de sus cuentos y su teatro? Y nos hacemos la misma pregunta después, cuando se reiteran los contrastes con respecto al tiempo y al recuerdo, cuando los sentimientos de los personajes —Isabel y Nicolás; Francisco Rosas, el general que dicta todas las órdenes en el pueblo; Juan Cariño, el loco; Rodolfo Goríbar, el acomodaticio; Tomás Segovia, el poeta; las amantes de los miembros del estado mayor, mujeres que vegetan en un ambiente de sueño, a las que rodea un hálito de dulce irrealidad, etcétera— se expresan a través de planos superpuestos que, esporádicamente, se alejan de la narración central manteniendo sólo un eje que sirve de vínculo, de liga aclaratoria. Repetidamente el mundo de cada personaje, siempre al influjo de un procedimiento general usado por Elena Garro, se va explicando dentro de los sucesos externos; en el aire no queda ningún rastro de lo interno, excepto aquellas imágenes que tendrán consecuencias posteriores dentro de la trama. Por fortuna, los párrafos dedicados a explicar estas imágenes manifiestan, al mismo tiempo, la línea concreta que estructura la novela, excepto en dos ocasiones en las que el misterio —¿vía de escape? ¿deliberación?— se mantiene al nivel de lo irracional: en el momento en que desaparece la hermosa Julia junto con Felipe Hurtado y al finalizar la novela, cuando, para Gregoria, Isabel, desespada, se convierte en una piedra. A pesar de estas huidas al misterio, el lenguaje



je usado (verdadero "estilo" de Elena Garro) cumple con su misión de equilibrar la forma de la novela.

Sensible al problema que plantea el narrador de toda novela, la autora de *Los recuerdos del porvenir* logra otro acierto al escoger al "pueblo" para que explique los acontecimientos, pues éste adquiere un carácter móvil, a veces objetivo y en ocasiones subjetivo: Ixtepec es un conjunto de casas, calles, árboles y plazas y, asimismo, gente que entra y sale, que se aglomera el día del mercado y que se une para manifestar sus protestas. Sin embargo, la conciencia del pueblo, expuesta con claridad en cuanto a la tragedia que en él se desarrolla y de la que es testigo, no se hace patente respecto a los hechos históricos de la época: la defensa de Zapata, Villa y Felipe Ángeles (en franca oposición a las figuras de Carranza y Huerta y al poder otra vez en manos de las clases "adineradas") concluye con una injustificada simpatía por el levantamiento cristero.

CALIFICACIÓN: Interesante.

—A. D.

REFERENCIA: Juan Vicente Melo. *Fin de semana*. Alacena. ERA. México, 1964, 93 pp.

NOTICIA: Éste es el tercer libro de cuentos de Juan Vicente Melo, que en 1962 publicó *Los muros enemigos*, y unos cuantos años antes otra obra de cuyo título no quiere acordarse. *Fin de semana* contiene tres relatos, cuyas dimensiones exceden los límites tradicionales del cuento: *La hora inmóvil*, *El verano de la mariposa* y *El día de reposo*. Un tanto caprichosamente, el autor hace que estos tres relatos se inscriban dentro de los tres últimos días de la semana y de ahí el título del libro.

EXAMEN: Se ha dicho ya y no está por demás repetirlo que Juan Vicente Melo tiene lo que podría considerarse un sentido natural del ritmo en su lenguaje. Sus palabras se levantan, ondean, giran vertiginosamente, descienden, parecen detenerse de pronto para volver a alcanzar altura y en todo momento obligan al lector a acomodarse a su paso, a su aliento. Sin embargo, mucho más importante que esa particular riqueza y ese poder envolvente del lenguaje, me parece la posición desde la que el autor enfrenta a la realidad que trata de recrear por medio de él, y que es en el fondo la que lo hace posible y le otorga su verdadero sentido. En los tres relatos que forman *Fin de semana*, pero especialmente en el titulado, significativamente, *La hora inmóvil*, nos encontramos frente a un mundo en el que con toda intención y con un claro propósito se ha distorsionado el sentido del tiempo. La sucesión temporal, lógica, dentro de la que cada acontecimiento ocurre en un momento determinado y

los sucesos devienen naturalmente, no existe en el mundo de Juan Vicente Melo. Al contrario, en él todo parece estar fijo para siempre, detenido en un instante al que es necesario llamar el momento de la revelación. Todo el "tiempo", el *suced* anterior y posterior a ese instante, gira alrededor de él, como una especie de aditamento, sin lugar verdadero y que sólo parece posible gracias a él. Por esto los relatos de Melo se caracterizan por su notable estatismo interior y es sólo el lenguaje el que otorga esa sensación de movimiento a algo que en realidad está fijo, haciendo posible que el autor comunique, transformada en palabras, una percepción de la realidad que de otra manera resultaría imposible de transformar en acción, en "relatos", y que al mismo tiempo es la que lo obliga a encontrar ese lenguaje.

El verdadero sentido de la obra de Melo debe encontrarse en lo que nos dice, nos entrega, ese momento de la revelación que sostiene los tres relatos. En los tres, durante el supuesto desarrollo de la acción, nos sorprende la forma en que el autor unifica la naturaleza, el mundo exterior y los personajes; una y otros parecen formar parte de la misma realidad, estar radicalmente unidos, sin ninguna diferenciación. Vemos, así, cómo a las catástrofes emocionales de éstos, de una manera misteriosa la naturaleza responde con otras catástrofes y la realidad se nos presenta como si ésta fuera su esencia natural. Fluye el río en *La hora inmóvil* y su movimiento se hace imperceptible, no tiene principio ni fin. La tarde, el girar de la tierra, se detiene en *El verano de la mariposa*. La tierra tiembla en *El día de reposo*. Simultáneamente, Roberto Gálvez regresa al pueblo, la solterona se detiene al borde del abismo, Antonio-Ricardo recuerda el nombre que lo llevará a descubrir su identidad secreta. Los dos tipos de acontecimientos parecen corresponder al mismo orden. Pero precisamente a partir de esa unificación se produce la ruptura y entonces el lector descubre que Melo nos ha conducido al momento en que el personaje se encuentra a sí mismo, se reconoce, se revela como destino. A partir de este reconocimiento, el mundo vuelve a ponerse en movimiento y los personajes aparecen ya como conciencias desgarradas, que conocen y experimentan su separación de él, su soledad radical.

Juan Vicente Melo ha conseguido así hacer objetiva, transformar en imágenes comunicables, una concepción totalmente subjetiva del mundo. La realidad es verdaderamente un producto de la visión interior de los personajes, pero éstos sólo llegan a ser en el momento en que se ven a sí mismos separados de ella, en el instante en que se afirman como destinos, independientes de la naturaleza y asumen su soledad.

Sin duda, en esta dirección la literatura de Melo es esencialmente pesimista, nos entrega la verdad de un mundo en el que, si se elige a sí mismo, el hombre sólo puede encontrar la destrucción, pero por esto mismo y por la seguridad con que el autor ha sabido adecuar la forma al contenido último de su visión del mundo, su voz cuenta verdaderamente.

CALIFICACIÓN: Muy bueno.

—J. G. P.